



Aproximación al papel del sexo en la filosofía de Jean-Luc Nancy

Paula Sánchez Mayor¹

Recibido: 5 de julio 2023 / Aceptado: 2 de marzo de 2024

Resumen. Este artículo se propone señalar el lugar del sexo en la filosofía de Jean-Luc Nancy. En su obra el sexo aparece recurrentemente como el centro de gravedad en torno al que orbita la imposibilidad de apropiación y de clausura. Cuando Nancy expone su pensamiento de corte ontológico-relacional acerca de la relación de unos con otros y de la relación de cada uno con su cuerpo, el sexo se erige como punto de sutura que, precisamente hace insatiable dicha relación, abriéndola de nuevo, una y otra vez, poniendo así de manifiesto su carácter plural y fracturado y desestabilizando el pensamiento binario y dicotómico que encierra el interminable recurso a la unidad. Para ello, se recorrerá, por un lado, la cuestión de la extrañeza del cuerpo y su dificultad a la hora de considerar la propiedad de algo así como *mí propio cuerpo*; por otro lado, la relación sexual como paradigma de la relación *sin relación*. En ambos aspectos se encuentra el tocar como gesto que inaugura la relación y cuya estructura impide una apropiación del objeto tocado.

Palabras clave: cuerpo; goce; propiedad; relación; tocar.

[en] An approach to the role of sex in the philosophy of Jean-Luc Nancy

Abstract. This paper aims to point out the place of sex in Jean-Luc Nancy's philosophy. In his work, sex appears recurrently as the centre of gravity around which the impossibility of appropriation and closure orbits. When Nancy expounds his ontological-relational thinking about the relation of one to another and the relation of each one to his or her body, sex stands as the point of suture that precisely renders this relation unsatisfactory, opening it up again and again, thus revealing its plural and fractured character and destabilising the binary and dichotomous thinking that encloses the interminable recourse to unity. To this end, the question of the strangeness of the body and its difficulty in considering the ownership of something like my own body will be explored; on the other hand, the sexual relation as a paradigm of the relation without relation. In both aspects we find touching as a gesture that inaugurates the relation and whose structure prevents an appropriation of the touched object.

Keywords: body; jouissance; property; relationship; touching.

Sumario: 1. Alteridad y extrañeza: el cuerpo impropio; 2. Relación *sin relación*: la incommensurabilidad del sexo; 3. Conclusión: sentirse; 4. Referencias.

Cómo citar: Sánchez Mayor, P. (2025): "Aproximación al papel del sexo en la filosofía de Jean-Luc Nancy", en *Revista de Filosofía* 50 (1), 147-162.

¹ Doctora en Filosofía
Universidad Complutense de Madrid
paulasanchez1995@hotmail.com
<https://orcid.org/0000-0001-8786-3375>

1. Alteridad y extrañeza: el cuerpo impropio

Nancy explica que el cuerpo ha sido la diana de la caída de Occidente. Se ha querido encasillar todo lo malo, sucio y pecaminoso en el cuerpo, poniéndolo así a distancia, arrojado, «¿nos habremos inventado el cielo con el solo fin de hacer que los cuerpos decaigan?» (Nancy, 2010, p. 11)², se pregunta Nancy. La tradición que ha inventado el cielo es la misma que ha inventado el cuerpo para que sea arrojado, puesto aparte, para ello ha de haber un lugar desde el cual arrojarlo, un lugar que permanezca intacto, impoluto, incorruptible.

Lo que ocurre ahora, en plena caída de Occidente, en pleno Occidente mismo, «si Occidente es una caída» (Nancy, 2010, p. 11), es que el cuerpo ha sido reintegrado en el mundo, ha sido salvado, «tenemos cuerpos a salvo, cuerpos de salud, de deporte, de placer» (Nancy, 2010, p. 11). Y, sin embargo, esta es solo otra de las maneras de integrar el cuerpo a la vez que se mantiene la distancia. No se puede dejar de hablar del cuerpo, de ponerlo delante, de justificarlo. El cuerpo no puede encontrarse sin más en el mundo, ha de haber una razón detrás, y la sospecha de la sinrazón, de la arbitrariedad y el sinsentido es la angustia que mueve a la proliferación de discursos. «Pero quién no es capaz de ver que con ello el desastre se agrava, pues el cuerpo está cada vez más sumido, más abajo y su caída es cada vez más inminente, cada vez más angustiosa. “El cuerpo” es nuestra angustia puesta al desnudo» (Nancy, 2010, p. 11-12).

Hacerse cargo de la extrañeza que entraña el cuerpo es parte de la propuesta de Nancy. Para dar cuenta de ello detengámonos en examinar esa extrañeza. Puede encontrarse en diversos aspectos. La extrañeza del cuerpo se cifra en una alteridad radical que habita en él y lo constituye. Dicha alteridad se hace patente en cuanto se trata de contemplar el cuerpo desde el esquema sujeto/objeto.

El cuerpo no cabe en el esquema sujeto/objeto, la experiencia de Merleau-Ponty ya lo ha mostrado: cuando la mano toca mi mano devengo sujeto y objeto a la vez.

¿tengo un cuerpo o soy mi cuerpo? A pregunta tan pertinente solo cabe responder: las dos. Porque cuando digo que *soy* mi cuerpo, no puedo hacer abstracción del hecho de que también lo poseo; y cuando digo que *tengo* un cuerpo, no me queda más remedio que reconocer que... *soy* ese cuerpo. (Nancy y Van Reeth, 2015, p. 42)

La mera enunciación “mi cuerpo” pone a distancia el cuerpo-objeto del ego-sujeto. Al mismo tiempo, esta enunciación es necesaria para mantener unido el compuesto *res cogitans – res extensa*, lo que se resume en la expresión *corpus ego*. Indisociablemente, la separación es necesaria a la unión. Pero, como explica Nancy, «el punto de *ego* de un cuerpo que (se) enuncia, es decir, que (se) extiende, constituye también, idénticamente, no contradictoriamente y sin embargo en contraposición, un punto de concentración extremo donde *se* que *se* extiende y que *se* enuncia hace sombra también a la extensión, al cuerpo que es» (Nancy, 2010, p. 25). Pues es el propio cuerpo el que *se* enuncia poniéndose a distancia respecto al *ego* que queda constituido mediante esa enunciación.

² Respecto a la citación de las obras de Nancy y su traducción se ha optado por citar siempre que existen sus traducciones al castellano, en el caso de las obras que no conocen traducción se cita la edición original y se propone una traducción propia para facilitar la fluidez de la lectura.

Nancy viene a resaltar el punto por el que la apropiación del cuerpo se desborda, pues su constitución misma reposa en la alteridad del cuerpo consigo mismo. «Por eso justamente no hay “cuerpo propio”: es una reconstrucción» (Nancy, 2010, p. 25) que se instaura cada vez, en cada enunciación del *corpus ego*. La reconstrucción del cuerpo propio se realiza mediante una maniobra de objetualización del cuerpo, «ob-jectado precisamente a la pretensión de ser cuerpo-sujeto, o sujeto-en-cuerpo» (Nancy, 2010, p. 25); en cada intento de hacer del cuerpo sujeto éste se escapa y se pone a distancia, reinstaurando la dinámica objeto/sujeto.

La alteridad del cuerpo, de mi cuerpo y de los otros cuerpos, participa de su objetualización, «un cuerpo siempre es ob-jectado desde fuera» (Nancy, 2010, p. 26), viene de fuera, me es impuesto, incluso mi cuerpo me viene de fuera, es algo que me sucede desde siempre sin haberlo previsto, «yo siempre ignoraré mi cuerpo, me ignoraré siempre como cuerpo justo *ahí mismo* donde “corpus ego” es una certidumbre sin reservas» (Nancy, 2010, p. 26); en lo más íntimo se encuentra un punto ciego, un toque que desestabiliza.

La alteridad del cuerpo radica en la constitución del “sí mismo” que tiene como lugar de nacimiento el cuerpo mismo. No hay un “sí mismo” descorporeizado, pues su constitución consiste en la enunciación y la extensión. De ahí que la apropiación del cuerpo haya sido la empresa final de la filosofía. En este sentido, el trabajo de Nancy insta a

tratar el cuerpo, con anterioridad a cualquier distinción de lugares y funciones de resonancia, como si fuera en su totalidad (y “sin órganos”) caja o tubo de resonancia del ultrasentido (su “alma”, como se dice del tubo de un canon o de la pieza del violín que transmite las vibraciones entre tabla y fondo, e incluso del pequeño agujero del clarinete...), —y a partir de ahí, considerar al “sujeto” como aquello que, en el cuerpo, está o vibra a la escucha —o ante el eco— del ultrasentido. (Nancy, 2015, pp. 63-64)

Nancy sitúa el punto de tropiezo de la apropiación teórica del cuerpo en el sexo como el lugar de la diferencia en acto; dice que «el sexo es, para cualquier ser vivo sexuado, y en todos los aspectos, el ente que difiere de sí» (Nancy, 2011a, p. 36). Esta afirmación responde a un pensamiento ontológico del cuerpo relacional, y más concretamente tomando como paradigma la relación sexual; lo que implica que la diferencia consigo mismo del cuerpo se mantiene sobre una relación de índole sexual, y de ahí que el punto de ruptura sea el sexo. Esta relación se define por la tensión derivada de incommensurabilidad entre las partes y el deseo de posesión del otro, que culmina en «el goce [que] es siempre uno en el otro sin que uno cubra al otro» (Nancy, 2011a, p. 10).

En el goce se disuelve, en cierta manera, la relación sujeto/objeto. A través de esta reflexión, Nancy desestabiliza la relación entre poseedor y poseído:

es importante poder diferenciar, por una parte, un sujeto, y por otra un objeto del que apropiarse. Pero si el sujeto no tiene referencia a sí mismo, entonces ¿de quién es el objeto que se apropiá? Cuando digo que este es mi bolígrafo, me sitúo en un registro material muy simple, el registro jurídico que estipula que usted no tiene derecho a quitármelo. ¿Pero quién soy yo en todo esto? Nada en absoluto, no soy más que un cuerpo capaz de coger este bolígrafo. Y ese yo no puede, en realidad, ser definido, tiende también a convertirse en otra especie de objeto. De modo que si hablamos de posesión sexual en

sentido “propietario” puede decirse que el poseedor se cosifica a sí mismo tanto como cosifica lo poseído. En este tema del goce que nos ocupa, lo esencial es comprender por qué un sujeto puede convertirse en un objeto para otro/a pero también para sí mismo, o bien, al contrario, por qué no puede. (Nancy y Van Reeth, 2015, p. 34)

No es casualidad que el esquema sujeto/objeto encuentre resistencia precisamente en la relación entre los cuerpos. Es ahí donde se desarrolla la relación con mi cuerpo, ya que, como venimos anunciado, no tanto la exterioridad como la disolución dentro/fuera es constitutiva de la existencia.

La cuestión de la posesión abre la puerta a pensar la cuestión de la propiedad del cuerpo en la filosofía de Nancy, lo que dará como resultado un pensamiento que podríamos llamar del cuerpo *impropio*.

«Si mi propio cuerpo me abandonaba, ¿hasta dónde era “el mío”, y “mi propio” órgano?» (Nancy, 2007, p. 16). Esta cita da cuenta de que la propiedad del cuerpo resulta problemática en la filosofía de Nancy. En *El intruso*³ aparece la duda, la sospecha de que algo así como “mi propio corazón” tenga algún sentido o alguna razón de ser. Desde el momento en el que el corazón que le hace seguir vivo no es aquél con el que nació, toda la estructura relativa a la propiedad del cuerpo, de sus órganos y de sus partes se desestabiliza.

Continuamos con la serie de consideraciones en torno a la idea de propiedad que hemos avanzado respecto a los significados de la palabra *propre* en francés. Hablar de lo propio implica una distinción anterior entre yo, tú y ellos; para que algo sea mío, “mi propio corazón”, “mi propio cuerpo”, ha de haber otro, tú, él o ellos que no tienen lo mío en propiedad. Y por consiguiente ha de haber un sistema que asegure tal propiedad y que mantenga clara la distinción entre yo, tú, él y ellos.

Todo esto se encuentra supuesto y no problematizado en la expresión “cuerpo propio”. Ya hemos visto cómo en la filosofía del cuerpo de Nancy no tiene cabida la idea de “poseer” el cuerpo como propio, sino que, justamente, su escritura se dirige más bien al intento de desapropiación del cuerpo.

Tal es el otro aspecto del corpus: lo que es mi cuerpo no porque sea mi propiedad (o mi expropiación) sino porque *ego sum*, yo soy lo que forma esta afluencia. Soy el empuje de este empuje, soy como pulsado de esta manera distinta. Si hay algo de “propio” en esto, me precede y dependo de él mucho más de lo que me pertenece. (Nancy, 2021, p. 35. Traducción propia)

Lo propio se contrapone a lo extraño, precisamente la pareja de opuestos que va ligada al cuerpo, cuerpo propio, cuerpo extraño. El cuerpo es mío, en tanto que lo poseo, me pertenece, obedece a mis órdenes, y al mismo tiempo me es extraño, mi poder sobre él no es ilimitado, a veces me sorprende e incluso me causa temor. El cuerpo, para ser propio, «debe ser extraño y así encontrarse apropiado» (Nancy, 2011b, p. 21), dice Nancy. Esta paradoja da cuenta de esa relación particular que tenemos con el cuerpo, «el niño mira su mano, su pie, su ombligo» (Nancy, 2011b, p. 21), los examina como si no fueran parte de él, con curiosidad y sorpresa al apreciar

³ *El intruso*, escrito en 2000, y editado en 2005, 2010 y 2017 con la adición de tres post-scriptums, es un libro en el que Nancy propone una reflexión acerca de la propiedad del cuerpo a raíz de la experiencia vivida de su trasplante de corazón y la depresión de su sistema inmunitario que conllevó.

que, hasta cierto punto, puede sentir cada parte, incluso puede moverlas a su antojo, pero sólo hasta cierto punto. Ese límite que encuentra el niño en su examen del cuerpo es el límite que marca la propiedad del cuerpo, más allá de él, el cuerpo se escapa, lo que hace difícil poder hablar de manera radical y sin fisuras de la propiedad del cuerpo.

En verdad, “mi cuerpo” indica una posesión, no una propiedad. Es decir, una apropiación sin legitimación. Poseo mi cuerpo, lo trato como quiero, tengo sobre él el *jus uti et abuntendi*. Pero a su vez él me posee: me tira o me molesta, me ofusca, me detiene, me empuja, me rechaza. Somos un par de poseídos, una pareja de bailarines endemoniados. (Nancy, 2011b, p. 23)

En esta cita Nancy utiliza *poseer* en lugar de *propiedad* o *apropiación*. Lo que se posee no es necesariamente nuestra propiedad. Lo poseído ha sido agarrado quizás con violencia. Es importante remarcar esta diferencia, la posesión es un acto posible que nace del deseo, pero no tiene por objetivo instaurar una regla que lo asegure. La posesión es posible, pero no segura, no es infalible, guarda una reserva para que lo poseído escape u oponga resistencia. Por otro lado, la propiedad responde a un marco normativo que la asegura y la blinda.

El cuerpo no es entonces algo que me pertenezca, sino algo que agarro y que me agarra, con el que formo una relación endemoniada, como dice Nancy, con el que forjo un deseo de posesión mutua que, veremos, no es nunca colmado. Los lugares en los que se explicita este problema son aquellos pasajes ligados a la cuestión de la relación sexual, el erotismo o el goce.

Se renueva así la ambigüedad que nuestra lengua (y no sólo ella) atribuye a la palabra “posesión” en el orden erótico o sexual. Porque ponemos en esta palabra el equívoco entre la posesión de una propiedad (resultante de cualquier derecho, o de una apropiación violenta) y la posesión que responde al abandono del otro – un abandono que no es ni sumisión ni enajenación sino una respuesta al deseo en la medida en que el deseo quiere precisamente “más allá” de lo que puede apropiarse (un cuerpo, un individuo, una persona incluso y un espíritu – pues todo esto puede ser apropiado, investido y sometido). (Nancy y Cohen-Levinas, 2015, p. 118. Traducción propia)

La posesión, frente a la apropiación, responde a un deseo que va más allá de la apropiación, que sobrepasa y desborda la estructura apropiativa, puesto que permite que lo poseído sea abandonado en el sentido de que tenga su lugar en la existencia. En la relación sexual, el deseo de posesión no se colma; se puede, como dice Nancy, apropiar, investir o someter al cuerpo, pero el deseo va más allá, quiere hacerse uno con el cuerpo, retenerlo, anular la diferencia. Si trasladamos esto al plano de la relación que veíamos en la fenomenología del *ego* con su cuerpo, el deseo de apropiación iría hasta el límite de querer controlarlo todo, cada espasmo, cada resorte; sin embargo, el cuerpo siempre se escapa y «*le désir désire un infinie*» (Nancy y Cohen-Levinas, 2015, p. 118).

Al establecer este paralelismo⁴ entre el deseo por el cuerpo del otro (o por el

⁴ Sin duda, no se trata de un paralelismo exacto, sino, más bien, de una suerte de licencia literaria. La relación del deseo alberga una alteridad que impide la apropiación y señala hacia la relación sin relación que estudiaremos

otro mismo) y el deseo de poseer el cuerpo propio, entramos ya en la dinámica que entiende el cuerpo como objeto, separado y distinto de ese supuesto “yo”. La misma formulación de “cuerpo propio” implica ya esa distinción y esa distancia de la que, sin embargo, Nancy no acaba de salir. O por lo menos tendríamos que decirlo en la medida en que continúa utilizando expresiones tales como “el cuerpo extraño”:

Cuerpo propio, cuerpo extraño: es el cuerpo *propio* el que muestra, ofrece al tacto, da de comer *hoc est enim*. El cuerpo propio, o la Propiedad misma, el Ser-de-Suyo en *cuerpo*. Pero al instante, siempre, es un cuerpo extraño el que se muestra, monstruo imposible de tragar (Nancy, 2010, p. 10)

¿Extraño a quién? El cuerpo propio deviene siempre, a cada instante, extraño, imposibilitando dicha apropiación y, sin embargo, aunque con ello Nancy plantea una alternativa de pensamiento que da cabida a los cuerpos y a la relación entre ellos y con ellos, no deja de asumir, en cierta manera una separación entre algo (llámeselo yo, sujeto, ego) y el cuerpo⁵. En la relación con mi cuerpo está en juego una relación sin relación a la manera de la relación sexual en la que profundizaremos más adelante. La pregunta es ¿cómo pensar la relación con mi cuerpo a partir de una relación en la que cada parte es un cuerpo, como es el caso de la relación sexual? En ambos casos está en juego el deseo de apropiación y posesión.

No obstante, además de señalar este límite en el pensamiento de Nancy, hay que acercarse más atentamente a la relación o el acto de apropiación, porque, si bien, como vemos, implica este binomio, que tal vez debiera ser deconstruido en una filosofía como la de Nancy, también implica una desestabilización de las partes del binomio.

En la apropiación oímos la palabra “propio”, en el sentido de lo propio de alguna cosa, por ejemplo, el nombre propio. ¿Pero qué significa lo propio de alguien? Es una cuestión que solo puede plantearse desde un punto de vista subjetivo. Lo propio de un individuo es ese “él mismo” al que se refiere. Pero eso nunca se da como una cosa, siempre está alejado de forma sinuosa, compleja. Se escapa de sí mismo al tiempo que regresa. La referencia a uno mismo es una referencia a una referencia, a la referencia que es “uno mismo” en sí. Es relación infinita. ¿Dónde vamos a encontrar lo propio de ese uno mismo? ¿dónde soy igual a mí mismo? (Nancy y Van Reeth, 2015, p. 33-34)

más adelante.

⁵ No es justo lanzar esta crítica al pensamiento de Nancy sin poner de manifiesto que él mismo es consciente de esta dinámica. La expresión “mi cuerpo” implica una distancia y Nancy sabe lo que ello conlleva, por eso, proponemos retomar la idea del indicio y la finta para entender este uso de la expresión dentro de la lógica del tanteo, tocar la expresión para abrirla y perturbarla. En el indicio 33 se refleja cómo Nancy no pasa por alto este hecho: «“Esto es mi cuerpo” = aserción muda, constante, de mi mera presencia. Ella implica una distancia: “esto”, he aquí lo que pongo delante de ustedes. Es “mi cuerpo”. Dos preguntas se vuelven inmediatamente: ¿A quién remite este “mí”? y si “mí” marca propiedad ¿de qué naturaleza es ésta? –¿Quién es, pues, el propietario y cuán legítima es su propiedad? No hay respuesta para “quién” puesto que éste es tanto el cuerpo como el propietario del cuerpo, y tampoco hay respuesta para “propiedad” puesto que ella es tanto de derecho natural como de derecho de trabajo o de conquista (cuando cultivo y cuido mi cuerpo). “Mi cuerpo” remite a la inasignabilidad de los dos términos de la expresión. (¿Quién te dio tu cuerpo? Nadie más que tú, ya que ningún programa habría bastado, ni genético ni demiúrgico. Pero entonces ¿Tú antes que tú mismo? ¿Tú detrás de tu nacimiento? Y ¿por qué no? ¿Acaso no estoy siempre en mi propia espalda y en vísperas de llegar hasta “mi cuerpo”?» (Nancy, 2011b, p. 22)

Es en este intento de apropiación del cuerpo *propio* donde el sí mismo (el ego en Husserl, por ejemplo) se pierde. Se pierde por dos motivos que al final son uno: no había ni sí mismo ni aquello de lo que apropiarse⁶, en un mismo movimiento el cuerpo deviene extraño, “monstruo imposible de tragar”, imposible entonces de incorporar, de mimetizar, de suprimir las diferencias, de poseer en el sentido que hemos visto arriba; y el sí mismo desde donde se pretende ejercer la apropiación es un lugar vacío, un conjunto de referencias y significaciones unas encima de otras que no están en lugar de nada, que no tienen referente último.

Además, este movimiento es el que da lugar, es el primer paso para dejar paso. El sujeto se pone en cuestión en la apropiación del cuerpo, lo que hace que el cuerpo sea la apropiación del “tener lugar”:

Cuerpo sería la experiencia de este pesaje, que ante todo no es propio, pero que constituye acontecimiento, serie de acontecimientos que hacen posible la apropiación del tener-lugar. Y esta apropiación, no más que el tener lugar, no es el hecho de una circunstancia única y orgánica dispuesta en un destino, en un designio, en la maduración de un progreso, en la escisión de una ocasión. Eso no quita nada, a fin de cuentas, a la posibilidad de seguir nombrando, ya sea *Kairós* (o fortuna), ya sea “revolución” (o cólera, y reto lanzado a lo inapropiable), los acontecimientos de apropiación (o de inapropiación). Un cuerpo no es “propio”, es apropiante/inapropiante. (Nancy, 2010, p. 69)

El resultado del planteamiento de Nancy no es entonces desmontar la propiedad del cuerpo, sino mostrar cómo ese acto de apropiación de nuestro cuerpo que realizamos continuamente (al mirarnos en el espejo, al tocarnos, o simplemente al vivir asumiendo y defendiendo una serie de derechos y deberes que atañen a la propiedad y la inviolabilidad del cuerpo propio) es un movimiento infinito, que no va a resolverse de una manera definitiva y resolutiva, sino que pide cada vez un esfuerzo.

La propiedad y la impropiedad del cuerpo se encuentran en los extremos entre los que el cuerpo oscila⁷. Esta oscilación responde también a la situación de indeterminación del cuerpo respecto a su conceptualización como sujeto y como objeto. El cuerpo se sitúa en el equilibrio de dicha oscilación, lo cual es respaldado por la ontología relacional que propone Nancy. Desde esta perspectiva el cuerpo es la relación de propiedad/impropiedad. Tal vez habría que alejarse de un discurso que situase el cuerpo a distancia para pensar el cuerpo como la relación misma. Una relación incommensurable y ávida de una apropiación imposible, pero quizás suficiente para una posesión.

En 2016, pasados ya 25 años de su trasplante, Nancy vuelve sobre esta idea, ¿qué hay tras la apropiación de un objeto como pueda ser un corazón?:

⁶ El cuerpo, además, no está nunca dado, no es retenido en presencia (estática, inamovible, rígida, segura): «un cuerpo no se da jamás como definitivamente presente a sí o a otro, aunque no sea una pura ausencia, a visión del cuerpo desnudo es exactamente la experiencia de esta presencia que escapa siempre en su ausencia, en la imposibilidad de ser una donación inmóvil.» (Nancy y Ferrari, 2006, p. 95. Traducción propia)

⁷ Andrea Potestà habla del *equilibrio de los cuerpos* (Potestà, 2012) para expresar una idea muy similar a la que aquí se propone: «el cuerpo está ahí, espaciado por la imposibilidad de acceso, en tanto que equilibrio de la alternativa asible/inasible» (Potestà, 2012, p. 58. Traducción propia). Sin embargo, aquí consideramos que el término equilibrio no es oportuno dado que remite a una suerte de contrapartida o equivalencia que no siempre ocurre, precisamente la dinámica que está en juego es la de la oscilación, manteniendo siempre abierta la posibilidad de una aprehensión excesiva y de una insuficiente.

Mucho más profundamente que la posesión de un objeto, lo que está en juego es la apropiación de un sujeto para sí mismo. El trasplante de un corazón es sólo una imagen –o una manifestación aún lejana– de lo que es el “ser uno mismo” (de una persona, de un país, de una lengua, de un pensamiento) implica multitud de intrusiones. Sin ella nada ocurriría, nada empezaría a individualizarse o identificarse. (Nancy, 2017, p. 61. Traducción propia)

El gesto de apropiarse del cuerpo desencadena, entonces, la deconstrucción del “sí mismo” al mismo tiempo Nancy desplaza dicho gesto al cuerpo en tanto que lugar en el que se desestabilizan los presupuestos, donde se hace palpable la imposibilidad de culminar el deseo de posesión y, a la vez, la necesidad imperiosa de no dejar de intentarlo.

2. Relación *sin* relación: la incommensurabilidad del sexo

Cuando Nancy habla de relación lo hace desde una perspectiva ontológica. La relación no juega en la lógica del par, del binomio, se inscribe en la existencia misma. En tanto que relacional, la ontología de Nancy es eminentemente estética, por lo que cuando habla de relación esta se concreta en los cuerpos. Dicho de otra forma, la existencia no es sino la relación de (entre)⁸ los cuerpos.

Con esta premisa, Nancy elabora su reflexión acerca de la relación, principalmente en las obras dedicadas al sentido, el tacto y el cuerpo, apreciándose así el carácter profundamente corporal de su estética y de su ontología.

A partir del estudio de las palabras alemanas *Rühren*, *Berühren* y *Aufruhr*, Nancy localiza una raíz común para los términos “mover”, “agitar”, “tocar” y “levantamiento”. El parentesco entre estas palabras lleva a una reflexión en la que el tocar despliega su dimensión dinámica y se instala en el corazón del movimiento que inaugura la relación. Cuando decimos que algo nos toca queremos decir que nos conmueve, que nos afecta y, de manera casi literal, que nos sacude, provoca un escalofrío, un temblor. La sensación producida por la presencia próxima de otro cuerpo es pluridireccional, es decir, no es sólo una sensación agradable, sino, al mismo tiempo, inquietante.

Tocar estremece y hace mover. Apenas acerco mi cuerpo a otro cuerpo (...) desplazo al otro, aunque fuera una distancia infinitesimal, y el otro me distancia de él, me retiene en algún modo. Tocar acciona y reacciona al mismo tiempo. Tocar atrae y rechaza. Tocar empuja y repele, pulsión y repulsión, ritmo de fuera y dentro, de la ingestión y la deyección, de lo propio y lo impropio. (Nancy, 2013, p. 12)

El movimiento que acciona el tocar es un vaivén, un balanceo que no oscila entre dos puntos fijos y previos, sino que sitúa en la indeterminabilidad aquello que toca y conecta. En un mismo tiempo, de golpe, *du coup*, los cuerpos que se tocan se separan, no hay tocar sin distancia y distinción. El ritmo del movimiento (habrá que oír aquí emoción, agitación, temblor) toca en las dicotomías clásicas desestabilizando

⁸ Cabría aquí una enumeración de las preposiciones en castellano, ya que todas funcionan como matices de la relación de los cuerpos. Así, podría decirse *a* los cuerpos, *ante* los cuerpos, *bajo* los cuerpos, etc.

su presunto equilibrio. Así, el tocar se sitúa *entre* el dentro y el fuera, lo propio y lo impropio, etc. En tanto que relación, el tocar es el tercero incluso que fractura el orden del par. No se trata, en el contacto, de reunir en una unidad previa –es decir, volver a reunir– lo que se encuentra disgregado, sino que el movimiento del tocar permite la distinción y la separación necesarias para delimitar el *cada uno*. Por eso, dice Nancy, que el tocar es «*«abertura de la relación. La relación no busca restaurar una indistinción: celebra la distinción, anuncia el reencuentro, es decir, precisamente el contacto»* (Nancy, 2013, p. 14). Dado que la relación es originaria, no es un movimiento que venga de manera posterior a conectar los términos, los cuerpos, es *en* la relación táctil donde los cuerpos se separan, de hecho, «*el contacto no anula la separación, más bien al contrario*» (Nancy, 2013, p. 15).

La separación y distinción de los cuerpos son, asimismo, las condiciones del sentido, ya que «si los cuerpos no se distinguiesen, no serían cuerpos, sino lo indistinto de una materia informe. Si se distinguen, lo hacen necesariamente en el doble sentido de que se separan y de que esta separación permite que uno tenga relación con el otro» (Nancy, 2011a, p. 27). La condición de la relación es la separación, una separación que, a su vez, sólo se hace presente en el momento (en la puntualidad) del toque, es decir, cuando dos cuerpos se acercan, tendidos uno hacia el otro, en el deseo de engullir al otro, de anularlo, ahí es cuando su distinción se hace patente, palpable, en la imposibilidad última de traspasar la piel del otro y apropiárselo.

¿Cómo es este contacto que no anula la separación? O, en otras palabras, ¿cómo relacionarse sin fundirse unos con otros? Retomamos aquí la reflexión a propósito del neologismo *expeausition*, para indicar, aproximar la relación que propone Nancy a su ontología:

Todo mi ser es contacto. Todo mi ser es tocado/tocante. Esto quiere decir también, abierto al afuera, abierto por todos sus orificios, mis oídos, mis ojos, mi boca, mis narices –y por supuesto todos esos canales de la ingestión y digestión como aquellos de mis humores, de mis sudores y de mis líquidos sexuales. La piel se esfuerza por extender alrededor de estas aberturas, de estas entradas-y-salidas, una envoltura que al mismo tiempo que las sitúa y especifica desenvuelve para ella misma esa capacidad de ser afectado y de desecharlo. (Nancy, 2013, p. 16)

Nancy sitúa el estado tocado/tocante en el momento mismo del nacimiento –«al separarse, él [el bebé] conquista aquella nueva posibilidad de la que no conocía más que un bosquejo: la posibilidad de la relación y el contacto» (Nancy, 2013, p. 13)–, lo que implica un estatuto existencial del tocar y, con él, de la exposición (*expeausition*).

La narración nancyana cobra tintes amorosos, o al menos deseantes, seductores; «ese juego y ese ritmo del tacto son el *rühren* de un deseo» (Nancy, 2013, p. 20), no solo porque cierto toque sea placentero, sino porque es apertura y llamada al otro, a los otros cuerpos, «la relación no es más que la puesta en juego de un compartir de un adentro y un afuera» (Nancy, 2013, p. 21). La relación se inscribe en el régimen del *partager*, es decir, de compartir, partir, repartir, pero no en el de la equivalencia, la proporción y la medida. Toda relación es desequilibrada y desborda los cuerpos, por eso, «el primer y antiguamente más conocido sentido de *ruhr* ha sido aquel del goce amoroso y sexual» (Nancy, 2013, p. 21). De ahí que Nancy se detenga a comentar la relación sexual.

A partir de aquí seguimos a Jordi Massó y Cristina Rodríguez Marciel cuando afirman que «lo que la relación sexual abre, como paradigma de la relación en general, es, sencillamente, un orden del “sentido” que ya no es del orden de las significaciones» (Nancy, 2020, p. 12). Uno de los lugares donde Nancy aborda el tema es *El “hay” de la relación sexual*. Es un libro en el que nuestro autor dialoga con el psicoanálisis, en concreto con Lacan y su afirmación “no hay relación sexual”. No podemos detenernos en un análisis profundo de la relación entre Nancy y el psicoanálisis⁹ que, por otra parte, es una cuestión indudablemente importante, rica y de gran interés. Lamentablemente, el tiempo y el espacio impiden hacer de este el lugar para dicho estudio. Asumiendo la laguna que esta falta –haciendo un guiño a Lacan–implica, el acercamiento a la obra se lleva a cabo con la intención de recoger en ella aquellos aspectos que, acerca de la cuestión de la relación, sirvan para entender mejor el planteamiento de Nancy respecto al tocar.

La tesis fundamental de Nancy es que la relación es una relación sin relación. Para Lacan no hay relación sexual, que sería aquella relación sin resto en la que ambas partes agotan lo mismo. Nancy retoma esta sentencia de Lacan para darle la vuelta y explicar el “hay” de la relación sexual. Para Nancy lo que sí hay es precisamente relación sexual, pero porque es esta relación la que ejemplifica la relación sin relación así entendida.

Lo que tiene lugar como relación no es un puente tendido entre dos individuos, ni la producción de un tercero. Lo que tiene lugar es la incommensurabilidad de ambos. Es en la medida en que son incommensurables por lo que entran en relación, o por lo que la relación los atraviesa. (Nancy, 2011a, p. 9)

Los seres singulares¹⁰ son incommensurables, por tanto, siempre queda un resto, algo que no se completa en la relación, la relación no puede cerrarse, es infinita. No se trata de una cuantificación infinita, sino de una alteridad radical que no es mensurable; hay siempre en el otro una alteridad que no es abordable, es lo sin relación; así y todo, esa alteridad sin relación es la condición de cualquier relación. En esta pequeña obra Nancy retoma lo que se entiende por relación bajo la idea de entender el sentido a través de la relación sexual, que define de la siguiente manera:

La relación designa entonces con toda exactitud aquello que no es la cosa: aquello que no es ninguna cosa (ninguna sustancia, ninguna *entelequia*), sino aquello que (si es que todavía puede decirse “aquello que”: “esto”, aquí, tiene un valor distinto que en el caso de la cosa) ocurre entre cosas, de una cosa a la otra. (Nancy, 2011a, pp. 23-24)

En francés, *rappo*¹¹, incluye los significados de proporción, equivalencia y

⁹ El propio Nancy advierte que su acercamiento no pretende ser un análisis exhaustivo: «Lo que me interesa no puede consistir en profundizar en los pormenores ni tampoco en las transformaciones de estos enunciados fundamentales o matriciales en la estructura de la teoría psicoanalítica: no poseo para eso ninguna competencia, ni teórica ni clínica.» (Nancy, 2011, p. 13)

¹⁰ En la cita anterior, Nancy utiliza el término *individuos*, sin embargo, es conveniente dejar a un lado este término que connota la no-división y, por tanto, la unidad en sí mismos. Es preferible hacer entrar en escena el término *seres singulares*, ya que será la expresión que veremos en la ontología nancyniana y refleja con más exactitud la propuesta de este ensayo.

¹¹ Tal y como indican los traductores Cristina de Peretti y Francisco J. Vidarte «no debe perderse de vista que el término *rappo* tiene en francés estas tres principales acepciones, que aparecen en este mismo texto: a) relación

equilibrio. Es en este sentido en el que podemos decir que no hay relación sexual, «no hay renta, ni informe, ni conformidad, ni proporción determinada para aquello de lo que se trata cuando una pareja se aparea» (Nancy, 2011a, p. 21). El “hay” de la relación sexual puede ser abordado desde la noción de *síncope* como ese instante de fractura que permite la continuidad del ritmo.

La relación se comprende como un *entre*, «el sexo es el juego del goce del entre, donde no hay otro fin para la existencia sino lo que está en juego en este juego (el *jouer of jouir*, el juego involucrado en esta dicha). Pero esta relación es siempre hic et nunc, emplazada y espaciada, repartida, *este* instante.» (Gratton y Morin, 2015, p. 216). Es un espacio que reúne a la vez que separa, un *entre* que tiene las características del *partage* y del espaciamiento, de la apertura y de la fractura. Para que haya relación, para que haya un *entre* tiene que haber separación, los cuerpos han de estar separados, espaciados, distantes. De la misma manera que el sentido del sentido consiste en una relación *à soi*, en la que el *à* empuja fuera del mismo, la relación del sentido tiene que dejar un espacio entre los términos, un espacio que no los separa más de lo que los une y que no los distingue más de lo que los aproxima.

Para que haya relación tiene que haber distinción de lugares, diferencia de tiempos, intervalo vacío entre los cuerpos y posibilidad de emisión y recepción de un decir, o cuando menos ordenación de un sentido –sentido sensual, y sentido significante, aunque no sea más que un significado inacabado–. En resumen, tiene que haber distancia, separación, no unidad, sin-relación. Tiene que no haber relación para que haya relación. (Ingala, 2014, p. 170)

La cuestión del *entre* y de la distancia¹² resulta imprescindible para entender la relación de los cuerpos. La conexión entre el sentido y el *entre* de la relación se puede observar en la cuestión del cuerpo y en la de la escritura: «La escritura en sentido moderno designa el acontecimiento del sentido, y el sentido como acontecimiento» (Nancy, 2014, p. 24). El sentido, por tanto, es entendido como acontecimiento, no como aquello que se esconde detrás de la escritura y el arte y conserva su verdad, dispuesta para ser descubierta, sino que el sentido es una apertura. El sentido acontece en cada brecha (del lenguaje, del arte, de la escritura), en cada rajadura y en cada fractura del ser; es ya el advenimiento de los entes. En otras palabras: el sentido acontece en cada *entre*. Por tanto, *entre* los cuerpos, *entre* las palabras. Este acontecer mediante la escritura (y el acontecer de la escritura misma) sobreviene en un fondo precario, inestable, confuso y siempre presto para el derrumbamiento. El *entre* del que hablamos acaece en la comunicación de sentido y también en la comparecencia de los cuerpos.

“No hay relación sexual” se formula de varias maneras: no hay proporción, ni commensurabilidad, ni tampoco hay conclusión. La relación sexual no se escribe, en el

¹² entre personas o cosas; b) informe, parte; c) beneficio reportado, renta, provecho.» (Nancy, 2011a, p. 66)

Seguimos la propuesta de Fernando Rampérez en su libro *Distancia e incertidumbre* cuando afirma: «La distancia es el lugar del *entre*, del no estar ni en un lado ni en el otro pero tampoco equidistante ni indiferente: el lugar de la insuficiencia y la incomodidad. Ni en un lado ni en el otro, pero siempre tomando partido: sabiéndose implicado y contingente. Ningún espacio absoluto (ningún absoluto es respetable), ni la Arquitectura con mayúsculas ni la Historia con mayúsculas, dejan sitio para ese *entre*, el desvío, el desplazamiento sin origen ni meta. No localizable, pero local, agarrado a tierra y al momento.» (Rampérez, 2018, p. 18)

sentido de que no hay un atestado, ni un “informe”. Pero precisamente por eso decimos que existe una relación verdadera, que exige incommensurabilidad y una forma de no-conclusión. Una relación se mantiene. Es algo que no acaba. Una relación acabada, consumada, es o bien una ruptura o bien una fusión. Y en la fusión ya no existe relación. Por lo tanto, sería más acertado decir que el placer es inconcebible y no que es imposible. (Nancy y Van Reeth, 2015, p. 49)

A lo que apunta Nancy es a la incommensurabilidad de la relación que impide su realización, “el vacío que relaciona sin reunir, o que reúne sin reunir, o que une sin acabar, o que acaba sin llevar hasta el final” (Nancy, 2011a, p. 28). Esta relación incommensurable tiene su traducción corporal en el goce¹³, en el movimiento del goce:

El movimiento rítmico y el desbordamiento, las emanaciones que no son sólo de líquidos sino de los cuerpos enteros que se derraman el uno contra el otro, el uno en el otro y apartándose uno del otro para retomarse y volver una vez más juntos en la sucesión de olas en que ellos se convierten el uno por el otro, ese movimiento no pertenece a algún proceso de acción ni de cognición. (Nancy, 2013, p. 21)

Gozar irrumpre en el sentido entendido como equilibrio y reparto al insertar en él, en el sentido *sensato*, la insensatez que entra por los sentidos del cuerpo, la incoherencia (recordemos, no por ello nihilista) y la imposibilidad para dejarse atrapar del cuerpo en estado de goce, del cuerpo gozoso. El cuerpo que goza se ve alterado por lo otro que le atraviesa en el goce.

El goce nace del hecho de que no tiene última palabra y que sus palabras o sus silencios no son de conclusión sino de apertura y de apelación. No “dije” sino “dime” o “déjame decir”. No decimos (como con Sade) “yo gozo” o “tú gozas” para enunciar un significado, sino que lo decimos para sentir que el decir resuena con goce.

Así como el goce es el placer que no es terminal ni preliminar, sino un placer exento de tener que empezar y terminar, así el sentido gozoso es el sentido que no termina ni en la significación ni en el sentido. “Gozar-sentido” como dice Lacan, pero hay que tener claro que el goce es siempre el resultado del sentido en todos los sentidos. Gozar es siempre sentir, y como sentir también consiste siempre en sentirse para ser sentido, y por tanto supone una alteración y una alteridad, gozar es sentirse del otro y en el otro. (Nancy, 2007, pp. 98-99. Traducción propia)

El goce nace con el deseo, no en un sentido de anterioridad temporal sino de co-originariedad. El goce viene a ser esa desmesura del límite, la perturbación de la línea, el *entre* abierto: «el goce sexual atraviesa la piel, intercambia afuera y adentro, tiembla por sentirse desvanecer, encuentro alado. El punto común de los dos, su cruce entre la llamada y el suspiro no es satisfacción: más bien estupefacción. Estupor de la huida que se desliza entre presencia y ausencia, entre ser y no ser» (Nancy, 2020,

¹³ «Si el constatativo “el goce es imposible” es un anticonceptivo, es precisamente en el sentido de tratar de no concebir el goce: es decir, con toda exactitud, de concebirlo como inconcebible o de concebirlo sin concepto. ¿Y si “gozar” quisiese decir “concebir sin concepto” (gozar o padecer en general)? El saber del goce, o el saber de la relación, sería un conocimiento exacto de lo que no es objeto de conocimiento.» (Nancy, 2011a, p. 39)

p. 59). El cuerpo se escapa en el goce, se lanza, se eyecta, se multiplica y se presenta, «cuerpo casi desnudo que viene a compartir y multiplicar de su oscura presencia la complicidad acariciadora (¿No es una caricia ante todo una complicidad?)» (Nancy y Ferrari, 2006, pp. 27-28).

La desmesura de la relación sexual viene dada por el sexo. El sexo es incommensurable, no se conoce a sí mismo, no reconoce la dinámica del tocar que le recorre por dentro, la dinámica que exige una infinidad en la culminación.

El sexo ignora lo que propiamente se pone en juego en el tocar: que está hecho del tocar de parte a parte, que no hace más que tocar (el tacto, la proximidad, la intimidad, la destreza, el roce, la caricia, la emoción, el estremecimiento, la turbación), pero que del tocar no conoce sino el ímpetu, la pujanza, el empuje, las ganas, el hambre, el apetito. (Nancy, Sexistencia, 2020, p. 29)

Recurriendo a una fórmula ya conocida¹⁴ podría decirse: el sexo pone en juego el tocar, no sabe nada de ello. No lo sabe y no puede saberlo, de lo contrario le faltaría el ímpetu para alzarse, mover y ser movido¹⁵. Es necesaria la ignorancia, la ficción de que *hay* relación sexual, la promesa de que la relación culminará, «el sexo promete un fin, pero ocultando que este fin podría tender al infinito. Cada promesa se expone a no cumplirse: es su naturaleza misma. Pero aquí todas las promesas dependen de lo exorbitante que cada una esconde: una culminación que excede el acabamiento, la completitud o la compleción» (Nancy, 2020, pp. 29-30).

Haber introducido el sexo en el corazón de la relación, y así de la existencia, trastoca la relación misma. Desde esta perspectiva la relación abraza su inestabilidad y confusión, su desequilibrio y su exceso, porque

el sexo es siempre presa de una confusión. O bien es por sí mismo confusión, identidad indecisa y diferencia más discernible. Identidad y diferencia de la continuidad y de la discontinuidad. Dicho de otro modo, “relación”: eso que no es “un ser” ni un “sujeto” sin ser tampoco una cualidad, ni una acción, sino una venida de los unos a los otros, una venida en la cual los unos y los otros se exceden (Nancy, 2020, p. 86)

El tocar aparece como paradigma de la relación sin relación –lo que también podríamos designar con el “*hay*” de la relación sexual–, el sexo es el tocar que no puede llevarse a efecto, porque «(sexo) es el nombre de tocar la exposición misma» (Nancy, 2010, p. 30), sexo toca la existencia, los cuerpos en el instante de su venida: de su separación y diferencia, «mi cuerpo volviéndose otro al tocarse ahí, al ser tocado ahí, volviéndose por tanto *el mismo*, más absoluto, más atrincherado que nunca, más identificado en tanto que ser-lugar del tocar (de la extensión)» (Nancy, 2010, p. 30).

¹⁴ Nos referimos a la nota póstuma de Freud, recurrente en la obra de Nancy, que reza: “Psique es extensa, no sabe nada de ello”.

¹⁵ «El sexo tiende hacia su propia exasperación, deseo exacerbado, como respuesta obsesiva, o bien como rechazo de su propio furor, angustia y críspación. La potencia de aceptación que supone es tan grande como la del impulso. Sabe que cuando goza puede obtener desplacer tanto como regocijo. Puede resultar demasiado difícil o demasiado exigente para sí mismo. Está, cada vez, en el borde de una imposibilidad como su más propia posibilidad.» (Nancy, 2020, p. 47)

3. Conclusión: sentirse

A modo de conclusión, sin pretensión concluyente sino más bien de final abrupto, interrupción, se propone un retorno la relación de uno consigo mismo, un movimiento de ida y vuelta; sin embargo, como ha sido expuesto más arriba este movimiento incluye siempre algo más, un resto que se suma: sentirse.

Lo que mueve al cuerpo es el deseo de tocarse y sentirse, de sentirse tocando y tocado, su anhelo es el contacto. Cuando María Magdalena en la escena bíblica del *noli me tangere* alza su mano no busca sólo que el otro note su presencia, sino también sentir ella la suya propia. Hay una historia que corre de boca en boca según la cual para asegurarnos de que no estamos soñando debemos pellizcarnos, de ser un sueño el dolor nos despertaría, el contacto nos traería a presencia.

el sexo como ley, este imperativo de tocar, de besar, del cual ni el empuje de la especie, ni siquiera la “libido” dan razón. Porque este imperativo no apunta a ningún objeto, ni grande ni pequeño, ni sí mismo, ni niño, sino solamente la alegría/la pena de un tocar-se. (O mejor aún: un quedarse-en-sí mismo, o llegar a ser-sí mismo *sin* volver a sí mismo. Gozar es en el *corazón* de la dialéctica una diástole sin sístole: ese corazón es el cuerpo). (Nancy, 2010, p. 31)

Un tocar-se, como dice Nancy, cuyo culmen es una diástole sin sístole, una interrupción, un sícope, una ida sin vuelta.

¿Y qué hay del sentirse inexorablemente ligado al tocarse? Presa de la ambigüedad entre el sentido y la sensibilidad, el sentir oscila entre ambos. Tanto si hablamos de tocar como de sentir el *se* que hace reflexiva a la palabra aparece como un añadido originario, que siempre estuvo ahí, pues no hay tocar sin tocarse y no hay sentir sin sentirse. Si rizamos más el rizo habría que hablar de tocarse tocando-tocante y sentirse sintiendo-sintiente, la espiral no termina. En ambos casos, y por muy lejos que nos lleve la espiral, la reflexión pone el acento sobre el sujeto que ejerce la acción y/o que se ve afectado. Cuando Nancy escribe lo hace, evidentemente, en francés, lengua en la cual el sujeto gramatical siempre está explicitado a excepción del modo imperativo. Esto no ocurre igual en español, donde el uso del *se* puede manifestar ausencia o desconocimiento del sujeto, es decir, el *se* adquiere un uso impersonal. Sirva este apunte simplemente para acentuar el hecho de que en las expresiones tocarse y sentirse, en español se puede escuchar también la ausencia de sujeto en el sentido que ha sido tratado más arriba; se trata, entonces, de una reflexión en la que el *re* –la vuelta, el retorno, la repetición–, encarnado en el *se*, impide la conciliación, la vuelta, la repetición exacta. En otras palabras, el mismo gesto de tocarse, sentirse, se obstruye a sí mismo al añadirse algo que obstaculiza una exactitud, una vuelta, en definitiva, la unidad de lo mismo, la identidad consigo.

De ahí que Nancy haga explícito el gesto y su inclusión de lo otro, del otro que el filósofo caracteriza en términos de tú: «*Tocarse tú* (y no “uno mismo”) –o aún más, idénticamente, *tocarse piel* (y no “uno mismo”): tal es el pensamiento que el cuerpo fuerza siempre más lejos, siempre demasiado lejos». (Nancy, 2010, p. 31)¹⁶.

¹⁶ Reproducimos el texto en francés para no perder los matices de las expresiones que Nancy cuida tanto de elegir: «*Se toucher toi* (et non “soi”) –ou encore, identiquement, *se toucher peau* (et non “soi”): telle est la pensée que le corps force toujours plus loin, toujours trop loin» (Nancy, 2000, p. 36) En francés dirigirse al otro mediante

Si atendemos a la expresión “sentirse” se puede completar la manera en que Nancy da cuenta de lo que venimos tratando. En ella se ve implicada la identidad –quizás más bien indistinción– «de lo sensible y lo sintiente en el sentir (que es también un sentido)» (Nancy, 2013, p. 17). Es en la sensación donde al mismo tiempo que sentimos la sensación nos sentimos sintiéndola y «en ninguna parte es esto más claro que en el tocar» (Nancy, 2013, p. 17). En el tocar, retomando la experiencia señalada por Husserl y Merleau-Ponty de la mano que toca la otra mano, se haya la identidad ineludible entre el tocante y el tocado, en un mismo gesto toco mi mano y me siento la mano que toca al igual que la mano tocada. Nancy no puede negar esta identidad, pero esto no significa que retorne a una filosofía de la presencia en la identidad, su gesto aquí es el de pensar esta identidad de forma no estática sino dinámica, fuera de la lógica de la identidad entre la representación y lo representado, no juega a entender uno como sucedáneo del otro sino que pone el acento en la co-originariedad de ambos, lo sentido y el sintiente.

Esta identidad del tocante y el tocado no puede comprenderse más que como la identidad de un movimiento, de una moción y de una emoción. Precisamente porque no es la identidad de una representación y lo representado. La piel fresca de la que hablo no es primero eso –“una piel fresca”– en el acto de mi mano que la toca. Sino que ella “es” mi gesto, es mi mano y mi mano pasa en ella porque mi mano es su contacto o su caricia. (Nancy, 2013, p. 18-19)

La propuesta de Nancy gira en torno a la idea de que es en esta identidad, en el tocado-tocante donde las partes vienen a presencia, se presentan. Se trata de un movimiento, el movimiento del roce, del gesto. El sentirse cobra el sentido de la comparecencia en tanto que es la otra cara de la moneda. En el contacto no sólo hacemos presente lo otro, aquello que tocamos, sino a la vez y de forma indistinguible (de ahí que se hable de identidad) a nosotros mismos.

4. Referencias bibliográficas

- Gratton, P., & Morin, M.-E. (2015). *The Nancy dictionary*. Edimburgo, Edinburgh University Press.
- Ingala, E. (2014). «Qué hay allí donde no hay ni falta nada. El “Il y a” de la relación sexual en Nancy». En F. Rampérez, J.-C. Lévêque, & J. Massó Castilla, *Márgenes de Jean-Luc Nancy*. Madrid, Arena Libros.
- Nancy, J.-L. (2000). *Corpus*. Paris, Éditions Métailié.
- Nancy, J.-L. (2002). *Un pensamiento finito*. (J. C. Moreno Romo, Trad.) Barcelona, Anthropos.
- Nancy, J.-L. (2003). *Au fond des images*. Paris: Éditions Galilée.

el “tú” es una forma reservada a la familiaridad y la confianza; Nancy rompe con este protocolo, lo que supone una cercanía mayor que la escuchamos en español, una cercanía que puede ser tomada como excesiva e incluso hiriente y digna de ofensa. Al introducir el “tú” Nancy corre un riesgo, el de exponerse y exponer al lector (la lectora) a una cercanía, supone también un compromiso con su obra y su tesis. Cabe destacar también que en la segunda expresión cambia “tú” por “piel”, la exposición del tocar ya no es al otro, sino a ti, personificada en cada caso, no se puede del cuerpo “en general” sino de los cuerpos particulares, cada vez cada uno. Un último apunte hace referencia a que la palabra *peau* suena parecida a *poco*, lo que daría como resultado *tocarse poco*. Tocarse tú, tocarse piel, tocarse poco, acariciarse tal vez, rozar, tantear.

- Nancy, J.-L. (2006). *Noli me tangere. Ensayo sobre el levantamiento del cuerpo*. (M. Tabuyo, & A. López, Trad.) Madrid, Trotta.
- Nancy, J.-L. (2006). *Ser singular plural*. (A. Tudela Sancho, Trad.) Madrid, Arena Libros.
- Nancy, J.-L. (2007). *El intruso*. (M. Martínez, Trad.) Madrid, Amorrortu.
- Nancy, J.-L. (2007). «Une exemption de sens». En F. Héritier, J.-L. Nancy, A. Green, C. Régis, & J.-C. Ameisen, *Le corps, le sens*. Paris, Seuil.
- Nancy, J.-L. (2009). *Dieu, la justice, l'amour, la beauté. Quatre petites conférences*. Montrouge, Bayard.
- Nancy, J.-L. (2010). *Corpus*. (P. Bulnes, Trad.) Madrid, Arena Libros.
- Nancy, J.-L. (2011). *58 indicios sobre el cuerpo. Extensión del alma*. (D. Alvaro, Trad.) Tucumán, La Cebra.
- Nancy, J.-L. (2011). *El "hay" de la relación sexual*. (C. de Peretti, & F. J. Vidarte, Trad.) Madrid, Síntesis.
- Nancy, J.-L. (2013). *Archivida. Del sintiente y del sentido*. (M. Bardet, & V. Bulo, Trad.) Buenos Aires, Quadrata.
- Nancy, J.-L. (2014). En torno a la noción de comunidad literaria. In F. Rampérez, J.-C. Lévéque, & J. Massó Castilla, *Márgenes de Jean-Luc Nancy* (I. Quintana, Trad.). Madrid, Arena Libros.
- Nancy, J.-L. (2015). *A la escucha*. (H. Pons, Trad.) Buenos Aires, Amorrortu.
- Nancy, J.-L. (2017). *L'intrus*. Paris, Éditions Galilée.
- Nancy, J.-L. (2020). *Sexistencia*. (C. Rodríguez Marciel, & J. Massó Castilla, Trad.) Granada, Editorial Universidad de Granada.
- Nancy, J.-L. (2021). *Cruor*. París: Galilée.
- Nancy, J.-L., y Cohen-Levinas, D. (2015). *Inventions à deux voix*. Paris, Éditions du Félin.
- Nancy, J.-L., y Ferrari, F. (2006). *Nus sommes (la peau des images)*. París, Klincksieck.
- Nancy, J.-L., y Van Reeth, A. (2015). *El goce*. (M. Noriega Bosh, Trans.) Madrid: Pasos Perdidos.
- Poestàs, A. (2012). «L'équilibre des corps». En Cohen-Levinas, D., y Berkman, G. *Figures du dehors, autour de Jean-Luc Nancy*. Nantes, Éditions nouvelles Cécile Defaut.
- Rampérez, F. (2018). *Distancia e incertidumbre*. Madrid, Avarigani.
- Rodríguez Marciel, C. y Massó Castilla, J. (2020) . «Introducción». En Nancy, J.-L. (2020). *Sexistencia*. (C. Rodríguez Marciel, & J. Massó Castilla, Trad.) Granada, Editorial Universidad de Granada.